

Ser profesor rural

Rubén Zatarain Mendoza*

En el gremio magisterial hay docentes formados en distintas Normales y universidades.

En el país y en el estado de Jalisco participan en el oficio maestros y maestras cuya formación inicial se materializó en las aulas de las Escuelas Normales Rurales.

En ellos y ellas hay una identidad, un ethos profesional que les identifica y hermana; hay, por supuesto, una posición ideológica informada y, en los menos, una posición acomodaticia y oportunista.

Ser egresado de una Escuela Normal Rural es una marca que se construye de componentes como la militancia política y el pensamiento divergente cargado hacia las ideas de izquierda, con algunas excepciones; se constituye también por el sentido de liderazgo comunitario y por la militancia en la problemática social.

Este año, celebrar el centenario de la Escuela Normal Rural “Raúl Isidro Burgos”, fundada el 2 de marzo de 1926, con la herida abierta de los 43 normalistas desaparecidos, y otras instituciones representativas como la Escuela Normal Rural “Carmen Serdán” de Teteles, Puebla, es motivo de alegría para la comunidad de profesores rurales de las distintas generaciones que hemos egresado de esas beneméritas instituciones, materialización posrevolucionaria de la pedagogía popular, de la solidaridad y del pensamiento crítico.

Hay una comunidad de Escuelas Normales Rurales de proyectos institucionales diseminados en la geografía nacional que han sido semillero de buenos profesores y profesoras; hay un ideario pedagógico y visión de desarrollo nacional que marca la identidad profesional de sus egresados.

Estas instituciones integran una parte de la cultura normalista. Como parte del sistema educativo nacional, en los estados donde se encuentran, han formado parte de la trama política y social por su cíclica demanda de mejora de condiciones.

Una breve digresión a título personal

A fines de la década de los setentas, quienes concluimos la educación secundaria escribimos una carta a la Escuela Normal Rural “Miguel Hidalgo” de Atequiza, Jalisco, en solicitud de información sobre los procesos para el ingreso.

Las autoridades educativas de entonces fueron muy comedidas en la respuesta sobre la calendarización de los procesos. El primer viaje a la institución alejada del pueblo de origen fue justamente para obtener una ficha para el examen de ingreso.

El examen se realizó en una escuela primaria de nombre “La Co-regidora”, muy cercana a Ciencias Químicas, en lo que para muchos entonces era la enorme ciudad de Guadalajara.

Semanas después, enfrente de esa misma escuela primaria se publicó la lista de aceptados. Fueron gritos o sonrisas de satisfacción de quienes tuvimos el honor de aparecer, de salvar el proceso selectivo de ingreso.

El siguiente paso fue el examen médico y la formalización de la inscripción.

Qué alegría llegar a la Escuela Normal e instalarte con tus humildes pertenencias en la planta y cubículo correspondiente. La primera lucha de clases por fuerza física y grado fue por obtener un closet o locker; la segunda, por obtener cama o litera y colchón.

Para los de nuevo ingreso, sin tutoría de nadie, el derecho reducido a su mínima expresión (literas de segunda y lockers y colchones deformados) fue la primera lectura de realidad.

Entonces la autoridad administrativa de la escuela no participaba en la asignación de los dormitorios correspondientes y el acomodo era una primera lección de anarquismo y marginalidad-sadismo entre compañeros.

Después vendría nuestra chamarra distintiva, regalada para un poco de calor y resignación.

El comedor comunitario y las tías cocineras de mirada comprensiva, los lavaderos comunes, lavandería, los servicios de costura, enfermería y atención médica eran parte de los servicios del formato de internado de aquellos tiempos.

Las canchas deportivas de básquet, voleibol, fútbol, pista para correr y alberca, espacios y anexos para la práctica del deporte y las competencias intrainstitucionales ordinarias. Casi todos con tenis de manufactura nacional y ocasionalmente descalzos.

Los entrenamientos a hora temprana de los integrantes de las selecciones.

La diversidad de talentos y condiciones físicas hacían destacar algunos liderazgos.

Los dos viejos camiones para las excursiones que orgullosamente portan el nombre de la institución. Las alas primeras para los sueños viajeros de aquellos inquietos adolescentes jóvenes de escasez de dinero crónica, atenuado un poco por el PRE (simbólica aportación mensual monetaria).

La infraestructura, la arquitectura del alma máter, los edificios y áreas de los salones de clase, de la sala de usos múltiples, el laboratorio, el área de danza y la biblioteca y sus acervos ricos en fuentes de Psicología, Filosofía, Pedagogía y Literatura, entre otras.

Las aulas, el punto de encuentro para la tarea de aprendizaje, los maestros y maestras formadores de docentes y su singularidad discursiva de paternidades académicas cargadas más a la afectividad que a la ciencia, prácticas de los formadores muchas veces ajenas a la cultura de la planeación y sistematización.

El programa y el plan de estudios para formar un profesor rural para la educación primaria. Lo deseable de los saberes y habilidades verbalizadas, el lento proceso de alumbramiento personal a partir de las cátedras predominantemente expositivas, la riqueza de las observaciones y las prácticas semestrales, en el horizonte el par de meses del servicio social y la redacción del “informe recepcional” como primera ofrenda de papel de reproducción entre iguales, de asesoría en aquellos seminarios de “ponle aquí y quítale allá”.

Las tecnologías básicas aprendidas muy lejos aún del acetato y la diapositiva: “el franelógrafo personal con el que armaron sus competencias y se acercaron a los clásicos en búsqueda de respuestas. Sus aparatos críticos y sus primeros e incipientes saberes teóricos.

Los tiempos aquellos de los ficheros y las grabadoras de audio-cassettes, entre las primeras tecnologías que llegaron al aula unitaria.

Tiempos aquellos del mimeógrafo para producir los propios exámenes, los propios ejercicios para repasar modelos y gráficos en Ciencias Naturales; mapas, banderas y personajes históricos en Ciencias Sociales” (Zatarain, R. 2019, Revista Educ@rnos).

Las libretas de aquellos estudiantes normalistas y sus ejercicios autónomos de dibujos libres, los conflictos cognitivos de los temas matemáticos y estadísticos y el inglés que, para fortuna de los ajenos a la inteligencia lingüística, sólo se llevó en primer grado.

El inglés en las asambleas estudiantiles como lenguaje de los imperialistas, los inaccesibles dólares de la economía mundial para aquellos vaciados de pesos mexicanos en sus rotos bolsillos.

La formación informal en las asambleas estudiantiles donde se aprendió el valor de la solidaridad con las escuelas Normales hermanas en sus procesos de huelga, donde aprendimos a odiar a Gustavo Díaz Ordaz “La Changa” por ser represor el 2 de octubre de 1968 y porque tal evento representó cercenar el número de Escuelas Normales Rurales en el país, por la etiqueta endilgada de ser “flagelo comunista” y semillero de rebeldes.

En esas asambleas, la admiración a los mejores oradores y la ampliación de la conciencia política y social, los significados de las banderas roja y negra de huelga y la hermandad de clase con los campesinos y obreros, con las escuelas hermanas aglutinadas en la FECSM (Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México).

Nuestros padres, nuestras familias como muestras vivenciales de la injusta distribución de la riqueza nacional, los alumnos en los salones de práctica con sus ropas humildes y su cara de tristeza imborrable donde se había anidado la desesperanza.

Las consabidas Matemáticas, lectura y redacción, Ciencias Naturales, Ciencias Sociales, Psicología, Pedagogía, Didácticas, Inglés, teatro, danza, música, entre otras. Los espacios curriculares y las calificaciones en las boletas semestrales. La gradación de los procesos formativos de los futuros maestros.

Por las tardes, las actividades de industrias rurales y de visitas a la parcela escolar para sembrar hortalizas y aprender sobre crianza de pollos y cerdos, entre otras.

Tardes de interacción entre iguales y de práctica de deportes, de lectura libre y de juego libre de baraja, ajedrez, dominó y damas, de la rondalla y el club de música y danza, tarde de desarrollar condición para las carreras y caminatas en la pista.

Las tardes y noches bucólicas de poetas y cantantes, las voces alegres, las emociones al viento entre pinos, nogales y árboles de guayaba y membrillos.

Los concursos de lectura oral, declamación y oratoria. Los jueves socioculturales y la práctica de habilidades aprendidas como el teatro, por ejemplo, y casi siempre la música, las guitarras y los intérpretes siempre presentes en los corazones hablantes de aquellos jóvenes en formación.

Las cartas como medio de comunicación necesario. Los telegramas y los escasos apoyos económicos de la familia.

Las cartas y la familia, las cartas y las novias para la práctica de las bellas palabras como la poesía, las prácticas para tomar la voz y construir ese bastón emocional necesario cuando se es menor de edad. En el internado (sistema de convivencia y espacio de maduración y crecimiento físico e intelectual, la construcción de la otredad y el mundo simbólico de los miedos compartidos y la valentía con chapa de testosterona).

Los compañeros y amigos, viajeros del mismo barco en un futuro prometedor de movilidad social con respecto al destino ligado al campo de las madres y de los padres. La Escuela Normal y su pasaporte a un mañana propio diferente, a un mañana para los demás, donde corazones y voluntades se ofrecen como elementos de receta del ego educador futurible, como el tren que algunas veces vimos partir en la estación.

La lectura en la biblioteca, la bibliotecaria como elemento importante para convocar a los prófugos de los libros. El acercamiento a las fuentes filosóficas y de legislación educativa. El menú de autores y referencias, los métodos de lectoescritura. Rafael Ramírez y Enrique

Conrado Rébsamen, Enrique Laubscher, Comenio, Pestalozzi, Freinet, Rousseau, Piaget, etcétera.

La investigación documental y elaboración de las tareas; en aquel momento las tareas realizadas por los más en manuscritos, por los menos en las escasas máquinas de escribir, instrumento de trabajo que sólo algunos poseían.

La lectura informal en los cubículos y en las bancas de cemento de las plantas de los dormitorios. “La heurística del sentido existencial, la soledad, tristeza, precariedad de recursos, el reto de fortalecer carácter y temperamento”.

Los antiejemplos, los iguales como maestros informales de las buenas cosas” (Zatarain, R. 2022, Revista Educa@rnos).

Los lectores de las novelas de vaqueros y la pedagogía del gusto por las balas, los matones, los caballos y las vaqueras acuerpadas de las tramas de escritores como Marcial La Fuente, Estefanía o Silver Kane, por poner un par de ejemplos.

El mundo informal estudiantil y la intimidación de los cubículos donde se comparten baños y regaderas comunes, donde se transmiten valores positivos y donde hay escuela también de antivalores, para algunos la iniciación en el consumo de tabaco y alcohol, como círculo vicioso generacional de una cultura reproductora en la antipedagogía cotidiana.

Los cubículos donde se comparten tareas escolares y ocasionalmente se comentan asuntos relativos a clases y exámenes, donde se elaboran materiales didácticos en cartoncillo para las prácticas profesionales; donde también circulan de mano en mano los cassettes de la música representativa y esporádicamente revistas de historietas y también de adultos, donde se hacen prácticas de boxeo y pateo ante costales o en el aire, ante enemigos imaginarios.

Cierre de la digresión personal y conclusión preliminar

Como golpe simbólico gubernamental al normalismo rural so pretexto del movimiento estudiantil de 1968, la Escuela Normal Rural de Atequiza pasó de ser un internado de mujeres a constituirse en internado de hombres (1969).

En aquel tránsito de la década de los setentas a los ochenta concentraba alumnos de Jalisco, Nayarit, Colima y, en menor proporción, de Sonora, Sinaloa, Michoacán, Campeche, Morelos y Tamaulipas.

En este año en el que la comunidad de profesores egresados de las Escuelas Normales Rurales celebramos el centenario del normalismo rural con memoria crítica y militante, es una buena ocasión para que, con estas biografías vivas que somos y que recuerdan, valoremos el esfuerzo fundacional de su creación y demos cuenta y regresemos con obra de bien a la sociedad que construyó el espacio institucional que fue nuestra casa por 3, 4 o más años.

Después de un proceso formativo como profesores normalistas y después de un camino andado por los caminos del Sur y el Norte, concluimos que la Escuela Normal es una estación de primavera que moldea la inteligencia colectiva del profesor, un punto de partida que se constituyó en el centro del ser docente de muchos y que, a fin de cuentas, el profesor es él y sus circunstancias y luego es él y su vocación, sus ideas fuerza, su espíritu científico y artístico y su ciencia educadora inacabable y retadora.

*Doctor en Educación. Profesor normalista de educación básica. zatarainr@hotmail.com

